

POESÍAS.

ODAS.

I.

Á LA BATALLA DE TRAFALGAR (1).

I.

Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?

*At nihil ille miser meruit: nos ad mala nostra
Verimus, in saxas quod dedit ille feras.
Divitis hoc vitium est auri.*

TIBULO, elegía X.

¡Cuán corta y suspirada
Fue en nuestro seno tu mansion risueña,
Oh del fulgente Olimpo descendida,
Del suelo desterrada,
Fecunda paz! Apenas de la vida
El aura dulce á respirar volvimos,
Volvimos á penar con la pesada
Cadena de los males;
Y en nuestra sangre bárbaros teñimos
Las mismas armas que otorgara el cielo
Para seguridad de los mortales.

Nosotros, más que fieras inhumanos,
A la voz halagüeña resistimos
De fraternal concordia;
El fuego y la discordia
Con que asolados fuimos,
Contra nosotros atizando insanos,
Y enemigos haciéndonos de hermanos.
Con ala arrebatada
Huiste á nuestra vista,
¡Oh paz, dorada paz! y nuestro gozo
Así voló como liviana arista,
Por el astro flamígero tostada,
En quien su saña el aguilon emplea,
Levántala del suelo,
Y en remolino rápido voltea.

Tú, de la santa humanidad desdoro,
¡Oh tétrica Albión! Tú, de la tierra
Execrada por siempre, á precio de oro
Conquistas la maldad; en dura guerra
Al hombre contra el hombre precipitas,
Y la cólera irritas
Del cielo sufridor; tú en cautiverio
Anhelas sola encadenar los mares;
Sola extender el insaciable imperio
De tu codicia atroz; á las regiones
Tributarias hacer.... «A mi albedrío
El comercio y el mar sujetos sean.» —
«El comercio y el mar libres se vean»,
Responden las naciones,
«Del vano y usurpado señorío
Con que Albión injusta las oprime,
Lo que es del orbe, el orbe
Disfrute á su placer, y nuestra saña
Pruebe cualquiera que, voraz, absorba
La propiedad común....» Rabiosa gime,
Y hombres y naves á la lid apresta.
Hombres y naves á la lid funesta
Dispone de consuno con España
El galo triunfador. Cádiz al cielo
Confusa gritería
Alza asustada; con horrible vuelo

(1) Esta oda se imprimió en Madrid, en 1806, con una dedicatoria al Duque de Berwick y de Alba, en cuya casa estaba empleado SÁNCHEZ BARBERO. (Nota del Colector.)

Gira el pálido espanto,
Robando la alegría,
Llenando á todos de aflicción y llanto.
Neptuno, al ver la formidable armada,
Y su espalda agobiada
Al peso enorme de los buques, grita:
«Eolo, vén; á tu oprimido hermano
Acude velocísimo.» Del cielo
Mueve el poder; excita
Las tempestades; de la nube el velo
Los apolíneos rayos oscurece;
Arde la esfera, suenan
Los aguaceros, zumban
Todos los vientos, cruje
El polo al ronco estruendo
Con que los truenos sin cesar retumban.

Brama el ponto y revuélvese; á las naves
Montañas de olas con furor embisten,
Y á estrellarlas, hundirlas, dispersarlas,
El viento, el mar, el cielo se conjuran;
Mas vanamente su pujanza apuran,
Que hombres y naves su furor resisten
Y al hado inevitable se abandonan.

«Guerra, guerra!», pregonan
Con no visto ardimiento
Los soldados impávidos, gritando
En ellos el honor, todo tu aliento
Consigo ¡oh patria! cada cual llevando,
Y toda tu esperanza,
Toda tu gloria y próspera bonanza.
Ordenan sus navíos y los vuelven
Del enemigo en faz; acá se mudan,
Y allá precipitados se revuelven;
Unos con otros á encontrarse vuelan,
Unos á otros con valor se escuchan,
Unos á otros por rendir anhelan.
Con su tea fatal la mecha enciende
Belona; el duro, el implacable Marte,
De muertes coronado,
Tremolando en los aires su estandarte,
Aguja, acosa al infeliz soldado,
Desnudo el pecho, á despreciar la bala;
Y en feroz complacencia,
¡Ay! con sangre las víctimas señala
Que inmoladas serán á su demencia.

II.

*Bella, horrida bella.
VIRGILIO.*

¡Quién es bastante á contener el llanto
Al ver la más atroz carnicería
De hombres contra hombres, el clamor y espanto
Tan crítico, la enconada
Barbarie, la fiera
De los que en lazo del amor fraterno
Unió naturaleza?
¡Ay! llora, musa mía,
Llora conmigo, humanidad sagrada,
Cuando la encapotada
Noche la oscuridad al mundo envía,
Y cuando alegre con su luz le dora
La lámpara febea.
Llora, mi musa, llora,
Y acento de dolor tu canto sea.
El tirano del mar con su Victoria (2)
Las filas rompe audaz; pero Gravina,

(2) Navío que montaba Néelson. (Nota del Colector.)

De Hesperia y Francia dulce honor y gloria;
Intrepido camina
Su torrente á atajar.... Vuela, ¡oh navío!
Tú, que el angusto nombre
Llevas de aquel á cuya voz un día
Se inclinarán dos mundos (1);
Vuela, lidia, deshaz la altanería
Del insular.... No ufano
El triunfo ostentes, campeón furioso;
Que vive, vive el español glorioso
Por quien será tu sangre derramada.
Sobre tu cuello alzada

Ya veo, ya, la vengadora mano,
Y ¡oh si de tu nación el poderío,
Como el tuyo será, fuera tan vano!
Tan noble empresa el inmortal Gravina
Va acaudillando; denodado brio
Le sigue de los otros combatientes,
Y á Néelson los britanos inclementes.

La lid se trava; el ciego
Furor, por donde quiera,
Y la turbada confusión se extiende.
Dos mil volcanes de rabioso fuego
A un tiempo en cada hilera
Estallan; dos mil truenos pavorosos
Se escuchan á la vez; arden, humean
Los vientos nebulosos,
El piélago se hiende,
Las naves en el Tártaro sumiendo;
Encontradas pelean
Las olas, en sus hombros sosteniendo
Los bajeles al cielo levantados;
Estremécense Gádes,
Y sus altivas torres bambolean.
Doce mil muertes sin parar rodean
A los hijos de Marte enardecidos,
Que en sangre propia y en sudor se bañan;
Doce mil orfandades acompañan,
A su lado, la pálida indigencia,
¡Ay! los males prolijos
De esposas, madres y de tiernos hijos.

Ni ceden: el despecho,
La desesperación y la sangrienta
Venganza que respiran,
Son la deidad que su acerado pecho
Implora; la deidad que los alienta,
Deidad suprema, que presente miran.
Al último combate se provocan,
Su gloria está en morir, morir matando,
Que en su valor estriba
La nacional fortuna,
Y su salud en no esperar ninguna.

Más que nunca se aviva
El furor; naves contra naves chocan,
Ya de costado, ya de frente dando.
Esta se rinde, aquélla
Se abre anchamente, y á la mar salada
Concede franca vía.

La otra, miserablemente abandonada
Al poder de los vientos, se desvía
Y en los peñascos con fragor se estrella.
A ésta el velamen, el mesana falta
A la de más allá; por la otra sube
El fuego asolador, y al aire salta
Con horrído estampido,
De humo y de llamas entre densa nube.

El náutico alarido
Se ensancha por el reino de Neptuno,
En la región nubifera se esconde,
Y resuena de lleno
En tierra el eco asombrador; responde
El promontorio consagrado á Juno,
Responden Calpe y el corense seno (2);
Responden con clamores triplicados,
Sobre el mar agolpados,
Los habitantes de la hermosa Gádes,
De tantas mortandades
Testigos dolorosos.

(1) Llamábase *El Príncipe de Asturias* el navío que montaba el almirante Gravina. (Nota del Colector.)

(2) *Corense*; esto es, de la Bética; al Este de Cádiz. (Idem.)

El hijo perecer la madre mira;
La triste amante de su amado escucha
El largo adiós: con ojos cariñosos
Hacia su patria vuelto el fuerte jóven,
Salúdala y espírala.
Contra las olas lucha
El tierno esposo, el agitado acento
De sus hijos oyendo y de su esposa;
Los ve, se acerca, alarga
La mano.... ¡Oh Dios! su aliento
No puede; desfallece
Al embate de la ola temerosa,
Que viene, sobre él carga,
Y oyéndolos y viéndolos perece.

Héroes sublimes de la patria mía,
Que en su defensa ufanos
La sangre prodigásteis, de sus manos
La espléndida corona
Recibid. Será un día
Que vuestros hijos, en edad creciendo,
Tantas hazañas asombrados lean,
Y el vigor en sus almas renaciendo,
De vuestro ardor se llenen,
Honor y escudo de la patria sean,
Y á par de vuestras inelitas acciones,
Las suyas grandes por el mundo suenen.
En ellos viviréis; su noble aliento
El vuestro infundirá; vuestra la gloria
Será de su heroísmo;
Vosotros su memoria
Llevaréis al Olimpo refulgente,
Adonde el generoso patriotismo
En el más alto asiento
De la florida eternidad preside,
Y donde en lauro vividor la frente
Corona de sus hijos;
Donde la paz reside,
Residen los celestes regocijos
Y todo es bienandanza,
Todo placeres y deleites puros,
Que nunca en pecho terrenal cupieron,
Ni humana mente á concebir alcanza....

Más ¡qué voz melancólica ensordece
Del piélago la indómita pujanza!
En luto se ennegrece
Del general britano
El alcázar soberbio. ¡Ay, ay! al viento
Con general lamento
Sale desde su nave coronada,
Néelson, Néelson murió.... ¡Mano sagrada,
Que del héroe más bárbaro y tirano
Los mares libertó! ¡Sagrada mano,
Que la venganza fiera
De tantos inocentes
Supo tomar! Sus lágrimas ardientes
La congojada humanidad modera,
Y los manes sangrientos,
Víctimas tristes de su rabia impía,
Hé aquí que en su agonía
Ya todos se presentan,
Le acosan, le horrorizan, y en su alma
Los rabiosos tormentos
Premio de su maldad, sin fin aumentan.
Yace en silencio helado
El furor á su lado;
Respira el mar, y su bravura calma.
Entre tanto las sombras de la noche
El cielo y tierra y el comun estrago
De Marte insano y de Neptuno envuelven,
Y á sus seguros puertos
Los combatientes, en matarse expertos,
Ni vencedores ni vencidos vuelven;
A tí, Cádiz hermosa, á tí quedando,
A vista de tan míseros despojos,
Luto en el corazón, llanto en los ojos.

III.

Ecce autem subitum atque oculis mirabile monstrum.

Del piélago profundo
El sol con majestad su hermosa frente
Va poco á poco alzando,

En las cavernas lóbregas lanzando
La noche, de fantasmas rodeada.
Con su presencia el mundo
De luz y de placer henchirse siente,
Y la onda sosegada
Mil soles reverbera
En la arenosa trémula ribera.
Dejan su lecho al punto
De Cádiz los florosos moradores,
Y todos de tropel á la muralla
Solicitos ascienden.
Por el inmenso mar la vista tienden,
Y ven ¡qué horror! de la criel batalla
Los destrozos sin fin y los furros.
Navios estrellados,
Navios sin velámen junto al puerto,
Hendidos y varados;
Orgullosos el Océano, cubierto
De triunfos y despojos, las riquezas,
El afán y sudor de las naciones
Acá y allá con lentitud llevando,
De ondas y vientos al impulso blando;
Cadáveres deshechos
Meciéndose en la márgen espumosa....
Aquí otra vez en lágrimas se inundan
Sus ojos; otra vez sus corazones
De pena congojosa
En mil partes y mil se despedazan.
Aquí las madres con dolor abrazan
A sus hijos, la guerra detestando;
Allí, casi espirando,
En su cándido seno palpitante
Estrecha muda al malogrado esposo
La que su esposa se llamó, y apenas
Con canto delicioso
Al dulce lecho conyugal saluda,
Cuando á los cielos se lamenta viuda.
Y más allá una amante
A su querido exánime volando,
El cabello ondeante
Se mesa insana, y el furor provoca
Del cielo contra sí; boca con boca
Aprieta, con su aliento
A la vida volverle imaginando.
Llama al amor desconsolada y mustia,
Y amor la entrega á su mortal angustia.
Toda es luto y lamento
La triste Cádiz; por sus calles suenan
Gritos continuos, que la opuesta orilla
Repite, pueblan la region del viento,
Y las comarcas próximas atruenan.
¡Oh guerra despiadada,
Acá contra los débiles humanos
Por la celeste cólera lanzada!
Y ¡oh de la compasion al tierno acento
Indóviles britanos,
Que de muertes y sangre y destrucciones
Aun no saciados, á la lucha infanda
Tornais; los corazones
Con cercos triplicados
De bronce endureceis, y despechados,
Allá correis donde el furor os manda!
¡Ay patria mia! Ya volver los siento,
Las ondas ceden al pasar, las velas
Espande en popa el vagoroso viento.
¡Oh nimen tutelar, que atento velas
En la grandeza del emporio hispano!
¡Alcídes soberano,
De Carteya (1) famosa
Excelso fundador! Si aquí te plugo
Morar, si el gaditano,
En tu honor, reverente
Aras y templo te erigió; si, amable,
Sus víctimas y ruegos acogiste;
Tú, que armado de clava formidable
Con brazo omnipotente
Los monstruos destruiste;
Tú, que de Avila á Calpe separaste,
El Estrecho rasgaste
Y un mar con otro uniste,

(1) Ciudad de la Bética, junto á Calpe. (Nota del Colector.)

A estos perjuros con tu voz confunde,
Dispérsalos, en guerra
Haz que entre sí se despedacen fieros
O á todos juntos en el mar los hunde....
¡Oh prodigio! La tierra
En derredor se mueve; compelido
El golfo por divinas
Fuerzas, á su pesar las crespas olas
Contra las naos rebela enfurecido.
El arte falta; atónito se espanta
El marinero inglés. De entre las ruinas
De la antigua Carteya
Hé aquí que de improviso se levanta
Alcídes soberano,
Y extendiendo la mano,
Y la clava nudosa
Sobre una y otra nave revolviendo,
Con impetu tremendo
Esta voz sale de su boca: «¡Alevos!
Tened; vuestra terrible
Cólera cese; al español defiende,
Y él en mí nimen protector reposa.
Yo soy el invencible
Alcídes; esa undosa
Llanura inmensa á mi placer se calma,
A mi placer airada se embravece.
¡Desdichado de aquel que no obedece
Mi incontrastable voluntad! Piratas
Mayores que en los bárbaros han sido,
Decidme, ¿qué regiones
Habeis, por el comercio, respetado?
¿Qué derechos guardado?
¿Qué palabras cumplido?
Y ¿cuántas sediciones,
Qué de guerras y crímenes vosotros
No habeis entre los hombres esparcido?
¿Cuáles son las naciones
Que vuestro yugo pérfido no sientan,
Y de vuestra amistad no se arrepientan?
» Desde Albion umbría
Arribais á los piélagos hispanos,
De la negra traición sobre las alas;
De aquí, extendiendo las avaras manos,
Al Oriente alcanzáis y al Mediodía.
Y ¿áun no estais satisfechos
De oro, de sangre, de maldad, impíos?
¿Ver deseais la mortandad y estrago
Comun, y el fruto cierto
De vuestras pretensiones, los navios
Que buscais, y de Marte el desconcierto?
Mirad: ¡Abrete, oh mar!....» Y el mar fué abierto
Largo espacio en redondo.
Las ondas, replegándose veloces,
Murmuran sordamente contra el fondo.
Hércules dijo; y luego, los atroces
Ojos fijando en el inglés medroso,
Calló, contuvo de su furia brava
El impetu fogoso,
Y apoyado quedó sobre su clava.
Entonces de ver era
Los pueblos comarcanos
Solicitos correr á la ribera;
Atónitos quedarse al prodigioso
Nunca visto espectáculo ni oído
Desde que el mar tendido
Busca el astro lunar, y se levanta
A besar tierno su argentada planta.
Por la primera vez el sol radiante
Penetra el reino de Neptuno inmenso
Y sus profundas simas esclarece.
Descubrese otra Cádiz; la famosa
Atlántida (2) aparece;

(2) La Atlántida es aquella tierra ó isla extraordinaria, que, segun refiere Platon, por haberlo oido á su abuelo Critias, habia existido en el Océano, en remotos tiempos, más allá de las Columnas de Hércules. Aquella tierra fué en un principio hermosa y santa. Corrompidos despues sus habitantes, fué, por disposicion divina, destrozada por terremotos y volcanes, y sepultada en el mar. Esta noticia peregrina, que acaso sea una ficcion parabólica del filósofo griego, ha dado motivo á interesantes conjeturas de parte de varios historiadores críticos, especialmente el profesor sueco Olaus Rudbeck y el sabio jesuita alemán el padre Kircher. (Nota del Colector.)

Mil rios con estrépito sonante
Corren por bajo; mil raudales manan
De las ocultas venas, y se afanan
Por deshacerse en fuego centellante
Volcanes estruendosos,
¡Qué de monstruos sin fin! ¡Qué de portentos!
¡Qué raras producciones!
¡Qué de tesoros en su seno encierra
El imperio del mar, y cuán costosos
Al hombre andaz! Aquí los avarientos
Pagaron su tributo, aquí la tierra
De continuo es tragada.
¡Gran Dios!.... Allí la sumergida armada
Se ve, y allí en los inclitos guerreros
Mil peces, apiñados, á porfia
Se ceban voracisimos. ¡Oh fieros
Hombres! ¡Oh guerra impial!....
No pueden resistir; huyen llorando,
A los ingleses y á la guerra odiando.
«¡Veis, dice entonces el glorioso Alcides
Con voz espantadora,
El fruto de las lides?
¿Veis, ¡oh ciegos mortales! veis ahora
Lo que vencer y dominar se llama?
¿Lo que desea vuestro pecho ardiente?
¿Lo que á la gloria y al honor le inflama?
No hay gloria, no hay honor sin la indulgente
Humanidad. La humanidad os guie,
Ella sola os encienda,
Ella su imperio por el orbe extienda.»
Cerróse el mar. Alcides
Entre las ruinas de Carteya luégo
Ocultóse con plácido sosiego.

II.

EL PATRIOTISMO.

Á LA NUEVA CONSTITUCION (1).

¡Quién es bastante á reprimir el llanto,
Y quién á contener en su hondo pecho
El oprobio y despecho,
Si contempla al furioso despotismo
Que, cercado de ruinas y de espanto,
Y de muertes y horror no satisfecho,
Por tantos siglos humillarnos pudo?
Con semblante sañudo
Por el hispano imperio
El sangriento penden al aire dando,
Error y esclavitud le acompañaban;
Error y esclavitud nos perseguian,
Procaces dominaban,
Y en densa ceguedad nos envolvian.
A su carro opresor en cautiverio
Gimió amarrada la verdad. En vano
Sus férvidos clamores
Los celestes alcázares hirieron,
En vano, que sus dignos defensores,
¡Dios! á tu nombre ¡qué impiedad! en sangre,
Llamas, oprobio sepultados fueron.
¡Hasta cuándo tus hijos!.... Y le plugo
Que sublimes alzásemos la frente,
Sacudiendo con ánimo valiente
El afrentoso yugo.
La suspirada aurora
Amaneció por fin; la triunfadora
Verdad, exenta del enorme peso
Del fanático error, ufana vuela,
Vuela la libertad, las leyes mandan,
Y ¡gloria y prez al español congreso!
Del uno al otro sol su imperio agrandan.
Entonces fuera cuando,
Entre el ronco tronar de los cañones,
Su augusta voz imperturbable alzando,

(1) El señor de Mesonero Romanos ha tenido la bondad de comunicarnos esta oda, cuyas copias se han hecho raras, con la siguiente nota: «Va escrita de mi mano; la he conservado en la memoria cincuenta y siete años.»

Fue leida por el autor, en los Estudios de San Isidro de Madrid, en el acto de apertura de la cátedra de Constitucion Política, de la monarquía española, el 25 de Febrero de 1814. (Nota del Colector.)

Hablára así la majestad hispana:
La española nacion es soberana.
(Un grito horrible el despotismo dando,
Sus negras alas volador agita,
Y á vengarle feroz al galo ineita.)
¡Soberana! responde el más distante
Confin del cerco hesperio,
¡Soberana! las últimas regiones
Que por siempre cortó de este hemisferio
La inmensidad del piélagos sonante;
¡Soberana!.... Estrémecese el tirano;
Sus bárbaras legiones
En miedo cambian el valor y encono;
Se estremece, y con él su infame trono.
¿Qué español, si de serlo se gloria,
Al oír este acento,
Qué español, al nombrar Soberana,
Inflamarse no siente, engrandecerse,
En patriotismo arder, en ardimiento
Aventajarse, y en rencor temible,
Contra el vil opresor del Continente?
No se llame español si no lo siente.
Salga, vuela; ¿qué tarda? La fragura
Traspase del nevoso Pirineo;
Allá incline su frente,
Y la cadena dura
En perennal empleo
Arrastre, y gima, y su dolor aumente.
Allá marcada su deshonra vea;
Vuela, y esclavo del esclavo sea.
Que aquí nosotros los sagrados dones
De independencia y libertad gozamos,
Y monarca, no despota, juramos.
¡Gloria y honor al español congreso!
Indóvil hombre, que al querer expreso
De la nacion frenético te opones,
Ante ella te provocho,
Y el presto rayo que la ley despide
Contra tu cuello criminal invocho.
Ni solo te persigo,
¡Oh parricidal que á una voz conmigo
Tu sangre España pide....
¿Oyes? «Con sangre la traicion expia:
Muere; lo decretó la patria mia.»
Esta patria, que libre, independiente,
A par su amor que su poder ostenta,
Y al prócer no consiente
Con opresion violenta
Al plebeyo agobiar; que todos, todos,
Españoles leales,
En religion y ley somos iguales.
Nuestra seguridad.... si antes se viera
Triste ludibrio del poder tirano,
Cual nave sin timon entre la fiera
Borrasca, y á merced del viento insano,
Quieta en el seno de la ley reposa;
Bien así, de cerviz majestuosa
Cual peña agigantada,
Que al volver de los tiempos desafia,
En sus bases inmóvil afirmada.
¿Qué español, si de serlo se gloria,
No bendice la mano protectora
Que tantos bienes pródiga le envia?
Y ¿cuál código santo,
Cuál código atesora
Tan gran felicidad, riqueza tanta?
En pindárico canto
A la inmortal Constitucion levanta,
Bienhadado español; tú, que el renombre
Por ella ya de ciudadano adquieres;
Por ella libre y hombre,
Hombre, no siervo de tiranos eres.
¡Hijos de España, juventud dichosa!
Si en aqueste liceo (2)
El grito retumbó del despotismo,
En aqueste, con fuerza victoriosa
Derrocado su altar, el patriotismo
Levanta su magnífico trofeo;
El fanático error vencido cede,

(2) Los Estudios de San Isidro. Celebrábase la solemnidad en la capilla llamada de los Redondos. (Nota del Colector.)